

Madame Bovary soy yo

Isabel Rosado



“ Ya no rinde igual,
el sistema no la quiere,
sus hijos son ovejas
descarriadas, su marido no
es el mismo y su nuevo jefe
la despide. ”

Una ciudad del Norte. Julio de 2010. El tren con destino a Madrid empieza a rugir y se sienta sin aliento en uno de los últimos asientos del vagón. Viaja con su maletín de piel negra y con un pequeño bolso de fin de semana. Primero se quita la chaqueta de raya diplomática, que tanto odia; después, se desabrocha la falda de tubo y abre su camisa blanca como en un intento de seducción. Saca el periódico que acaba de comprar y subraya con un bolígrafo rojo las escasas ofertas de empleo de los clasificados, como siempre. De pronto, siente que una serpiente le come el pecho y el estómago. La respiración se entrecorta, le pesan las piernas y está a punto de desmayarse. Respira profundamente y nota un dolor agudo en el esternón. Las letras del periódico comienzan a bailar y la hoja de los clasificados cae al suelo. Cierra los ojos y duerme un rato. Sueña con el jefe del banco y con su padre, un coronel. Las palabras de su jefe, envenenadas de falsa actitud paternal, y las reprimendas de su padre, que está obsesionado con el

futuro poco prometedor de su hija, retumban en su cabeza.

Despierta con un grito y con la boca pastosa. No puede mover los brazos y frota las piernas continuamente como si fuese un insecto. Para despejarse, pide un café solo a la azafata de mechás perfectas, pero sus onomatopeyas son incomprensibles. Esta última llama al encargado de personal con la boca abierta y, llevándose las manos a la cabeza, lanza un grito estremeedor. Los dos empleados cogen una red de *nylon* y la capturan. La llevan al cuarto de la limpieza y ella, tan frágil y delicada, se siente como un gusano infecto. La visita el revisor de la compañía ferroviaria, que desde hace años tendría que estar jubilado, y ordena a sus compañeros, tan bien peinaditos y vestidos, que se deshagan de semejante bicho asqueroso que nada puede aportar a la sociedad. En cuanto llegan a una estación de Praga, los tres empleados ferroviarios la empujan con violencia hacia los raíles y se burlan

de ella. La rubia de mechas perfectas se coloca ahora una gorra de la Policía checa y le grita:

-Pero, ¿has visto cómo eres? No sirves para nada. Eres una escoria y no tienes derecho a protestar. Si por lo menos fueses banquero o político, te podrías salvar. Pero con esa rebeldía, lo tienes claro. Por cierto, el banco se va a quedar tu dinero y en cuanto a las heridas de las patas, las tendrás que curar tú mismo o con las coronas que te quedan en el maletín...

Sin poder gritar ni protestar se queda acurrucada en un rincón de la estación y protege con sus patas el maletín en el que guarda los ahorros de los últimos años. No puede llorar y expresar el dolor que recorre sus patas. Ahora duerme, duerme, sueña, sueña y no querría despertar de esta pesadilla.

Despierta por el zarandeo de un brazo extraño. Un hombre guapo, vestido de traje y con una carpeta de cuero, la ayuda a levantarse del frío suelo de la estación. Ya no le duelen las patas ni le pesa el caparazón. Se palpa ahora los brazos, las piernas, el pecho y mueve frenéticamente sus manos por la cara para comprobar que es cierto lo que está viviendo. ¿Dónde están mis patas? Le pregunta con extrañeza al desconocido. ¿Y mi caparazón? Él, conmovido por la indefensión y la vulnerabilidad de la chica, cree que está enferma y que tiene que ayudarla. Experimenta un sentimiento confuso, ¿deseo? y la lleva a su casa, bueno, a su otra casa. Ella tiembla y un escalofrío recorre su espalda. La fiebre y la enfermedad se apoderan de un cuerpo devorado por la angustia y el miedo. Él, la desnuda y la mete en su cama, su otra cama. Nunca antes había podido dormir con una mujer, otra mujer, y deja que se quede en su casa. ¿Cuánto tiempo podré aguantar esta doble vida? Él se cuestiona con insistencia esta pregunta e informa a la chica con alegría de que hay otras mujeres en su vida. La chica asume

su papel y casualmente, encuentra a un amante, otro amante. Ella se cuestiona: ¿qué es el amor? La respuesta es clara: el amor está en crisis y el mundo en plena revolución. Revolución, sí. Revolución, sí. ¡Tengo que huir!

Ella intenta aprender de sus errores y en su huida piensa en qué hará mañana. Podría ser viajante, mejor dicho, comercial. Siempre se le ha dado bien negociar. Conduce con destreza. Además, está instruida en el arte de convencer a los demás sobre virtudes que en realidad no existen. Busca en el periódico y encuentra el trabajo perfecto en Estados Unidos. Consigue grandes contratos y sigue vendiendo, sigue comprando y sigue viviendo el gran sueño americano. Las primeras arrugas surcan su rostro y el cansancio se apodera de ella. No tiene ganas de vivir y todo por lo que ha luchado se va al traste. Bueno, todo no. ¿Qué es la vida sin un amante? Ella se siente como *Madame Bovary*. Ya no rinde igual, el sistema no la quiere, sus hijos son ovejas descarriadas, su marido no es el mismo y su nuevo jefe la despide. No le importa a nadie. Vuelve a ser un gusano infecto, un serapestado, una víctima del sistema, un...

-¡Una parada más! Eso es lo que soy- solloza. Mientras se mueve espasmódicamente en el sillón del tren que partió de una ciudad del Norte. Abre los ojos y se toca la cara para seguir el curso de unas arrugas inexistentes; se toca el pelo y el resto del cuerpo de manera obsesiva. Está todo en orden y no hay patas ni caparazones. Su compañero de viaje la mira absorto y pregunta si está bien. Le entrega la hoja de clasificados del periódico que se ha caído al suelo y el bolígrafo rojo. Ella no sabe qué contestar. ¿Y si no puede hablar otra vez? ¿Y si no puede hablar en la entrevista de trabajo? Balbucea dos monosílabos y comprueba que habla perfectamente. Empieza a respirar tranquila y se da cuenta de que todo ha sido un mal sueño.

-Si no fuese por los libros, ya me habría colgado de un pino-le dice a su compañero de viaje.- ¿Qué otra cosa voy a hacer sino leer?- Creo que tengo demasiado tiempo libre y ya no distingo la realidad de la ficción. El otro viajero asiente con la cabeza y la mira. Le desea buena suerte en la búsqueda de empleo. Se despiden y él le dice un verso de Hesse:

-En el fondo de cada comienzo hay un hechizo que nos protege y nos ayuda a vivir.

Ella baja contenta del tren. Está algo más animada. Sólo queda una hora para la entrevista. Hojea unos libros en un kiosco de la estación. Se entretiene con una nueva edición de *Madame Bovary*, muy bien encuadernada. Lee y relea. Levanta la vista y un hombre con gafas la mira por encima del libro que quiere regalar. Ella se pone roja y él no deja de mirar. La chica se toca el dedo anular y juega con el anillo de casada. Empieza a sentir otra vez la presión y cree que va a desmayarse...

-*Madame Bovary* soy yo-musita. Mientras, cae pesadamente al suelo de la tienda y un libro de autoayuda asoma en su bolsillo...